

El ABC fue otra esperanza de Cuba

A la profesora Berta, con agradecimiento

Por JORGE DOMINGO CUADRIELLO

Fotos: Xavier Carvajal

A lo largo de la historia política de Cuba es posible hallar varias organizaciones partidistas que por su carácter renovador y por la seriedad de los objetivos que se propusieron lograron captar la atención de importantes sectores de la sociedad y han quedado como referentes dentro del proceso de nuestro devenir ideológico. Somos del criterio de que al menos cinco de estas organizaciones no pueden estar ausentes en la relación de ellas que cada cual lleve a cabo: el Partido Autonomista, el Partido Revolucionario Cubano, el Partido Comunista de Cuba, el ABC y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo). Todas estas agrupaciones aportaron en su momento histórico una nueva mirada a la sociedad cubana para señalarle deformaciones profundas y buscarle vías de solución, trataron de conmover la conciencia de la ciudadanía y por el rigor de sus postulados llegaron a contar en su cúpula de dirección o entre sus miembros más sobresalientes con intelectuales de innegable prestigio, sólido espaldarazo que ya hubiesen deseado recibir otras muchas formaciones partidistas integradas mayormente por iletrados.

Los autonomistas se echaron encima la ardua tarea de adentrar en las luchas civiles e inculcar deberes y derechos ciudadanos a una gran masa de individuos que solo conocían el despotismo colonial de los representantes de la Corona española. Rafael Montoro, Eliseo Giberga, José Manuel Cortina y Rafael Fernández de Castro, entre otros grandes escritores y oradores, ocuparon posiciones relevantes en el Partido Liberal Autonomista. Estableciendo como base posiciones más radicales y como supremo fin la independencia de Cuba, el Partido Revolucionario Cubano, fundado por la personalidad cimera de José Martí, tuvo además entre sus dirigentes a los escritores Enrique José Varona, Juan Gualberto Gómez, Manuel Sanguily, Gonzalo de Quesada, Manuel de la Cruz y Nicolás Heredia. Fundado en 1925, el Partido Comunista de Cuba siguió fielmente las orientaciones dictadas desde la Unión Soviética, propugnó un estado de obreros y campesinos y ponerle fin al gran capital y a los monopolios norteamericanos para marchar hacia una sociedad sin divisiones clasistas. A pesar de la obligada clandestinidad que padeció durante varios períodos de la etapa republicana, pudo divulgar su plataforma programática, con la cual se identificaron sin reservas Rubén Martínez Vi-

llena, Nicolás Guillén, Juan Marinello y Mirta Aguirre, entre otros escritores. El Partido del Pueblo Cubano, que capitaneó el senador Eduardo Chibás, en esencia consistió en todo un movimiento cívico de rechazo a la corrupción de los llamados gobiernos auténticos. Se propuso adecentar la vida pública cubana, acabar con el latrocinio de los altos funcionarios y de los políticos inescrupulosos, y llevar adelante un plan de reformas nacionalistas no congruente con el radicalismo que proponían los comunistas. Roberto Agramonte, Manuel Bisbé, Raimundo Lazo, Herminio Portell Vilá y otros académicos e intelectuales rompieron lanzas a favor de la ortodoxia, que llegó a conmover las fibras más sensibles de amplios sectores de la ciudadanía. Al ABC le dedicaremos las páginas siguientes

- Surgimiento y ascenso del ABC

Bien puede asegurarse que en 1931 la dictadura de Gerardo Machado entró en su etapa final de descrédito y descomposición. A la aguda crisis económica, iniciada dos años antes como consecuencia del denominado crack bancario en los Estados Unidos, se sumaron otros muchos problemas de índole social y política. Disminuyeron la producción y la exportación de nuestro principal producto, el azúcar, creció el desempleo, aumentaron las protestas de los obreros, se extendió el movimiento opositor, fue clausurada la Universidad de La Habana y la prensa periódica no adicta al gobierno fue víctima de la hostilidad de las autoridades y de la censura. Las fuerzas policíacas y militares arreciaron la represión contra todos los desafectos y las cárceles se llenaron de presos políticos. Ante aquel panorama desolador se duplicaron los planes conspirativos que perseguían el derrocamiento del régimen. De todos ellos el más significativo resultó el alzamiento ocurrido en agosto de aquel año, que comandaron los altos oficiales del Ejército Libertador Mario García Menocal y Francisco Peraza, generales, y los coroneles Carlos Mendieta y Roberto Méndez Peñate, quienes creyeron contar con el apoyo de algunos sectores del ejército y en realidad solo fueron seguidos por algunas partidas mal armadas. El levantamiento fue rápidamente sofocado por el aparato represivo y los conspiradores en su mayor parte resultaron detenidos o asesinados.

Aquel fracaso, conocido como la aventura de Río Verde, por un lado envalentonó al gobierno e hizo crecer aún más la autoestima de Machado, y por otra parte demostró la inutilidad de los viejos caudillos de la gesta emancipadora para cohesionar un sólido movimiento opositor, capaz de echar abajo a la tiranía por medio de las armas o de la movilización del pueblo. Ante esta situación un grupo de jóvenes antimachadistas, sin vínculo con los viejos partidos políticos, decidió crear una nueva organización, que recibió el nombre de ABC, tuvo un carácter clandestino y, para dificultar las delaciones y la penetración de los agentes policíacos, una estructura celular. La cúpula de su dirección estaba integrada por la Célula Directriz, cuyos miembros eran designados con la letra A y un número que solo llegaba hasta el 10. Cada uno de ellos debía captar a diez individuos, quienes recibirían la letra B y un número y no tendrían contacto entre sí, y estos, por su parte, enrolarían a otra decena de partidarios, que se denominarían con la letra C. Como podrá apreciarse, todo este entramado de ramales y subramales constituía una estructura piramidal que limitaba el caudal de información de los miembros, era poco permeable para el enemigo y le confería una mayor seguridad a sus máximos dirigentes, entre los cuales estuvieron, en primer lugar, el abogado y economista Joaquín Martínez Sáenz, de quien partió la iniciativa de fundar el ABC, y a continuación los también abogados Carlos Saladrigas, Juan A. Lliteras, Ramón O. Hermida, Jorge Mañach y Francisco Ichaso, estos dos últimos conocidos periodistas y escritores, además.

El ABC logró con cierta rapidez atraer a sus filas a integrantes de las capas medias e inferiores de la población: profesionales, empleados bien remunerados, pequeños comerciantes y estudiantes que integraban el combativo Directorio Estudiantil Universitario (DEU). Desde el inicio definió como método de lucha, para enfrentar la violencia impuesta por el régimen, la vía armada más descarnada: el atentado personal, la colocación de explosivos, el empleo de bombas y de escopetas recortadas. A partir del año 1932 incontables fueron las acciones violentas realizadas, fundamentalmente en la capital, por los abecedarios, muchas veces en coordinación con los valientes jóvenes del DEU. Algunas de aquellas acciones bien pueden tener justificación dentro del marco del enfrentamiento a muerte entre las fuerzas represivas, muy superiores, y los opositores, como el atentado mortal al capitán Miguel Calvo, jefe de la sección de expertos de la policía; mas otras nos resultan por completo criminales y descabelladas, como el plan de dinamitar el Cementerio de Colón cuando Machado asistiera al entierro de su amigo y presidente del Senado Clemente Vázquez Bello, acto de barbarie en el que hubieran muerto además decenas de personas ajenas por completo al régimen, en primer término los sepultureros. Sin ánimo de disculpar

la realización o los simples planes de aquellas acciones terroristas, también debemos verlas desde el prisma de los métodos de lucha empleados en una época anterior a la nuestra, en la cual prevalece un repudio mayoritario a esas formas de violencia indiscriminada. Pero en el contexto nacional de rechazo al machadato, el ABC ganó simpatías por medio de esos golpes directos a figuras representativas del régimen. La audacia con que eran realizados y la reacción airada de las autoridades levantaban el ánimo de amplios sectores que padecían, además de miseria, represión e inseguridad ciudadana.

Aunque ya en el segundo semestre de 1932 el ABC contaba con un órgano de divulgación clandestino, *Denuncia*, que dirigió Ichaso, y con transmisiones esporádicas de algunas emisoras piratas, se consideró en el deber de dar a la publicidad sus propuestas políticas y en el mes de noviembre echó a circular su Manifiesto-Programa "El ABC al pueblo de Cuba", que a pesar de su carácter anónimo ha sido atribuido por todas las fuentes a Jorge Mañach, con la colaboración de Martínez Sáenz y de Ichaso. Este documento de innegable valor comenzaba declarando que "el ABC es una organización que aspira a efectuar una renovación integral de la vida pública cubana." Si bien su proyecto inmediato era el derrocamiento del régimen machadista, tenía como más alto objetivo "remover las causas que lo han determinado." Y a continuación declaraba sin ambages el papel obsoleto y retardatario de los viejos caudillos de la gesta independentista, que si bien se habían llenado de gloria en la manigua, ya en la República habían sido incapaces de "organizar y defender el nuevo Estado". Se declaraba en el manifiesto "que la generación del 95 está políticamente liquidada, y que es imperativo sustituirla, tanto en el Poder como en la Oposición, por las juventudes maduras republicanas".

Seguidamente se pasaban a analizar las causas más profundas de la desmoralización pública de Cuba: la económica, la más importante, y la política. La primera tenía su origen en toda una serie de circunstancias negativas: el cubano había sido desplazado de la riqueza, las tierras se encontraban en manos extranjeras, el gobierno se hallaba supeditado al capital foráneo, no existía una banca nacional y el latifundio azucarero había proliferado de un modo incontrolable, entre otros aspectos que mencionaba el documento. En la relación de las causas políticas situaba la prepotencia absolutista de los gobernantes cubanos a partir del inicio de la República y la tradicional subordinación de los gobernados, las deficiencias de la Constitución de 1901, la debilidad de las instituciones, el continuismo presidencial, la intromisión del Ejército en la vida política, el sometimiento del poder judicial, el menosprecio a la cultura y, por último, se denunciaba a la dictadura de Machado

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

como caso típico y culminación de todas aquellas deformaciones. Para finalizar, el Manifiesto-Programa proponía remedios para toda aquella gran crisis nacional: erradicación gradual de los latifundios, fomentar la pequeña propiedad rural, nacionalizar las tierras en poder de los extranjeros, crear cooperativas de producción, adoptar medidas para controlar a los *truts*, darle amparo a la industria y al comercio pequeños, fomentar y difundir la enseñanza en el pueblo y una legislación social que protegiera al obrero ante el desempleo y la vejez e incluyera la jornada laboral de ocho horas y el descanso periódico retribuido. El documento se cerraba con los lemas: ¡El ABC es la esperanza de Cuba! ¡Juntos todos bajo la bandera del ABC!

De acuerdo con la historiadora Maricela Mateo, el impacto de este Manifiesto-Programa “en la sociedad cubana de la época fue muy considerable” y “constituyó indudablemente un estudio serio y riguroso; fue el programa más amplio escrito en su época y uno de los documentos políticos más importantes de todo el período republicano, además de ser uno de los más repletos –aunque inviables– de bellas promesas” (pp. 382-383). Y según reconoce el historiador Lionel Soto, quien se

formó en la vieja escuela del comunismo estalinista, “fue el primer conjunto de ideas hilvanadas acerca de las posibles soluciones a la crisis nacional en el campo opositorista general; y causó un cierto impacto de seriedad en capas numerosas del activo opositorista medio y pequeñoburgués” (p. 134). Sin lugar a dudas aquel enjundioso documento, bien fundamentado, que iba a las raíces de los problemas nacionales, causó conmoción en las conciencias, aunque desde la extrema izquierda se le criticara por no enfrentarse abiertamente al imperialismo yanqui y no señalar que las causas esenciales de la crisis cubana se hallaban en la dependencia del país a los grandes intereses monopolistas de los Estados Unidos. En realidad aquel manifiesto se enmarcaba dentro de la corriente reformista y nacionalista, y sus propuestas en mucho constituían un paso adelante en aras de superar una situación nacional insostenible. Pero por motivos dogmáticos y sectarios algunos entonces no lo vieron de ese modo.

Si bien la credibilidad y el prestigio del ABC crecieron tras la salida de su documento programático, meses después, en el verano de 1933, disminuyeron como consecuencia de su incorporación al proceso de mediación política organizado por el embajador norteamericano Sumner Welles en contubernio con los sectores opositoristas más moderados y con la participación



Panteón que perteneció al ABC, en el Cementerio de Colón. Los restos que allí se hallaban fueron profanados y enviados a granel al Osario General.

recelosa de Machado. Al tomar parte en aquellas negociaciones injerencistas el ABC sufrió un cisma y una parte no despreciable de sus miembros se marchó para constituir el ABC Radical. No obstante esa fractura, al derrumbarse el régimen machadista como resultado no de la mediación, sino de una huelga general que puso en evidencia la masiva voluntad del pueblo, el ABC constituía una fuerza política a tener muy en cuenta, pues contaba con el aval de sus acciones, sus mártires y su Manifiesto-Programa.

Muy superior a los límites de este trabajo sería adentrarse siquiera en el proceder de esta organización en aquella circunstancia nacional tan compleja, en la que tantos sectores tomaron parte, se agudizaron las pugnas políticas, se empleó el lenguaje de las armas, el aparato estatal entró en crisis y a punto estuvo de ocurrir una tercera intervención norteamericana. Más nos interesa exponer y comentar las propuestas teóricas del ABC, su impulso renovador y su proceso evolutivo. Ya en lo que concierne a su desempeño público y a su vinculación o enfrentamiento con otras organizaciones políticas, más detallada extensión exigirían los análisis. Solo creemos necesario anotar que el ABC le concedió su apoyo al gobierno provisional de Carlos Manuel de Céspedes, se abstuvo de respaldar al movimiento sedicioso de los sargentos, encabezado por Fulgencio Batista, ocurrido el 4 de septiembre, y se enfrentó, incluso por la vía armada, al llamado gobierno de los cien días, sin apreciar las medidas nacionalistas y renovadoras tomadas por el presidente Ramón Grau San Martín y el secretario de Gobernación Antonio Guiteras. De igual modo, resulta obligado apuntar que tomó parte en el gobierno de Batista-Mendieta, el cual se subordinó penosamente a las orientaciones procedentes de Washington. Solo el bárbaro ataque a una marcha abecedaria, ocurrido en junio de 1934, con un saldo de decenas de muertos y heridos, condujo a esta agrupación a romper el acuerdo de unidad con el gobierno y pasar a la oposición, terreno en el que se mantuvo durante casi una década.

Tras la caída de Machado el ABC había salido por entero de la clandestinidad, aunque ya desde el proceso de la mediación eran bien conocidos sus principales dirigentes, y en 1934 logró realizar una asamblea constituyente que dio como resultado su conversión en asociación cívica presidida por el historiador Emeterio Santovenia. Seguidamente, en el mes de noviembre, dio a la publicidad un nuevo manifiesto, titulado "Hacia la Cuba Nueva. El ABC ante la crisis de la Revolución", esta vez redactado por Martínez Sáenz con la cooperación de Mañach, Santovenia e Ichaso. Este documento, después de analizar el confuso panorama político cubano y denunciar el resurgimiento de los viejos vicios, como el desfalco de la administración pública, reiteró algunos puntos ya estampados en el Manifiesto-Programa, entre ellos el que proponía no un simple cambio

de gobernantes, sino una renovación integral de Cuba en lo económico, en lo político y en lo social. Por otro lado, tachó de fórmulas absurdas tanto al anarquismo como al comunismo, consideró que la lucha de clases conducía a la barbarie y propuso un nuevo pacto social en el cual todas las clases fuesen trabajadoras, capaces de aportar al beneficio común. En el plano político, rechazó el modelo liberal-individualista, el caudillismo y el nepotismo, así como la intromisión de las fuerzas armadas en las luchas partidistas, y para el ambiente nacional deseó un estado de paz. Como vía para lograr una Cuba Nueva, este documento proponía un ajuste entre la estructura política y la potencialidad económica del pueblo, la cooperación de las clases sociales en el proceso de la producción, una justa distribución de los productos, libre iniciativa en los negocios privados, pero sujeta a la reglamentación del Estado, el cual, además, tendría en sus manos los servicios públicos generales, como los de la electricidad y el agua, y respeto a la propiedad privada, aunque sujeta a los fines de utilidad social o colectiva que se perseguían. En su deseo de aunar voluntades e impulsar de modo mancomunado todas las esferas del país, el documento en algunas de sus partes adoptaba posiciones extremistas por medio de amenazas como esta: "Quien no contribuya con su esfuerzo, en cualquier forma efectiva, al proceso de la producción útil, no podrá adquirir la condición de ciudadano, y la perderá todo aquel que asuma una actitud parasitaria o antisocial" (p. 71). Sin embargo, no dejaban de ser loables sus intenciones, más aún en el complejo momento en que las exponía, y tampoco dejaba de ser lógica su afirmación de que solo el ABC con sus seguidores podría llevar a cabo la magna tarea de edificar una Cuba Nueva.

A diferencia del Manifiesto-Programa, este documento no logró impactar con fuerza en el ámbito político cubano, caracterizado entonces por sectores enfrentados. La Joven Cuba, encabezada por Guiteras, aglutinaba a los revolucionarios extremistas y llevaba a cabo atentados personales, colocación de bombas y secuestros. Las fuerzas represivas de la policía y el Ejército aplicaban métodos de terror e intimidación, y los Tribunales de Urgencia funcionaban sin cesar y llenaban las prisiones de opositoristas. Ante aquel estado de inseguridad y de persecución, incompatible con el normal desenvolvimiento de las pugnas políticas, y más aún al ocurrir el fracaso de la huelga de marzo de 1935, no pocos líderes abecedarios tuvieron que marchar al exilio, entre ellos Martínez Sáenz, Mañach e Ichaso, o refugiarse en una burbuja semiclandestina.

Transcurrieron varios años y se sucedieron gobiernos presididos en apariencia por civiles, pero tras ellos se encontraba la mano fuerte del coronel Batista, quien en 1938 aceptó iniciar el proceso de normalización de la

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

DE LAS ENTRAÑAS DE LA ISLA

vida pública del país, convocar a una Asamblea Constituyente y legalizar todas las formaciones partidistas, incluso la de carácter comunista. Fue en ese nuevo contexto que retornaron a Cuba algunos de los más altos dirigentes del ABC y esta organización se transformó en partido político. Al efecto dio a conocer un nuevo Manifiesto-Programa, en el cual ratificó la esencia de lo expresado en 1932, pero hizo mayor hincapié en su voluntad democrática y civilista, ajena a toda violencia. De nuevo insistió en la justicia social, condenó el reparto arbitrario e injusto de la riqueza nacional, los latifundios azucareros y el monopolio de la banca extranjera, abogó por la reconquista de las tierras cubanas en manos foráneas y denunció las condiciones de vida desastrosas del guajiro cubano y la supeditación monetaria de nuestro país, hasta el punto de reconocer que en realidad no disponíamos de una moneda propia. En esta oportunidad se abordó directamente uno de los aspectos que, desde la extrema izquierda, se le había criticado por no estar presente en los documentos anteriores: el imperialismo. Al respecto, este manifiesto reconoció la importancia de las inversiones del capital extranjero, se desmarcó de aquellos que emplean el antimperialismo con fines de agitación, y subrayó: “EL ABC sostiene que para combatir el imperialismo solo hay una fórmula posible y efectiva: la creación de medios adecuados de resistencia económica” (p. 101). Esta posición, claro está, se encontraba muy lejos de congeniar con el radicalismo de la izquierda.

En otra parte del documento esta entidad se autodefinía y declaraba sus objetivos: “El ABC es una organización política nacionalista y realista. No pretende llevar a cabo experimentos temerarios, que en otras partes han costado sangre y ruina. Aspira sí, de un modo decisivo y enérgico, a que el cubano eleve su nivel de vida, a que las masas trabajadoras tengan medios decorosos de subsistencia y puedan viabilizar su redención económica. Tiene, en suma, el firme propósito de realizar en Cuba la única revolución posible: la que reconquistando y potenciando las fuentes de riqueza propia y administrando la Justicia Social, permita a cada cubano laborioso una vida digna y un mínimo de bienestar material y espiritual” (p. 103)

Ya en los párrafos finales de este Manifiesto Programa se hacía saber que “la Cuba Nueva que el ABC propugna tendrá como bases inmovibles el pacifismo, el respeto al derecho de gentes y el cumplimiento estricto de los tratados y convenciones internacionales”. Y más adelante decía: “El ABC condena la lucha armada como medio para dirimir las diferencias entre los pueblos, repudia toda guerra de conquista, así como la ingerencia (sic) de cualquier nación en los asuntos internos de otras” (p. 123). No deja de sorprender que

una organización que dio sus primeros pasos como grupo armado para ejercer la violencia y el terror contra el régimen de Machado asumiera unos años después, con la misma cúpula dirigente, sinceras posiciones pacifistas. Sin lugar a dudas en su interior había ocurrido un proceso evolutivo de connotación civilista.

- Decadencia y caída del ABC

En la reorganización de los partidos efectuada en 1939, con la participación de todo el espectro político nacional, el ABC tuvo que conformarse con ocupar la novena posición, muy por debajo de los liberales, nacionalistas y auténticos e incluso dos peldaños detrás de los comunistas. Y al efectuarse en el mes de noviembre las elecciones a la Asamblea Constituyente, a pesar de los actos masivos que había logrado organizar y la propaganda librada a través de su órgano, el periódico *Acción*, que dirigía Mañach, solo alcanzó a situarse en el octavo puesto, con cuatro representantes a la magna asamblea: Martínez Sáenz, Ichaso, Mañach y Mariano Esteva. No menos decepcionantes resultaron para este partido las elecciones generales efectuadas en julio de 1940: apoyó la candidatura presidencial de Grau San Martín y salió electo Batista, no obtuvo acta alguna Martínez Sáenz y, entre unos pocos elegidos, Mañach alcanzó un escaño de senador e Ichaso otro de Representante a la Cámara.

Varias fueron las causas de este descalabro; pero las principales pueden resumirse del siguiente modo: no contar, a diferencia de otros partidos, con el sólido respaldo financiero de grandes comerciantes y empresarios, no disponer de una maquinaria política que desde la base procurase los votos por cualquier vía, mantener una ejecutoria digna ante las componendas y los rejugos electorales, haber permanecido varios años fuera del país y del panorama político nacional algunos de sus principales dirigentes, y ofrecer un discurso elevado, de análisis y conceptos superiores al entendimiento de muchos votantes y más bien dirigido a las capas intelectuales. Por otra parte, los auténticos, gracias al prestigio obtenido por su máximo representante, Grau San Martín, durante el gobierno de “los cien días”, habían logrado acaparar las propuestas nacionalistas y reformistas que inicialmente había enarbolado el ABC. Y los partidarios de transformaciones económicas y sociales más radicales podían entregarle sus votos a la Unión Revolucionaria Comunista.

Tras el estallido de la Segunda Guerra Mundial y, en diciembre de 1941, entrar Cuba en la contienda como país beligerante en contra del Eje Fascista, el presidente Batista hizo un llamado a la oposición a integrar un Gabinete de Unidad Nacional, y el ABC dio el paso al frente. Mañach fue nombrado Ministro de Estado y con la celebración en octubre de 1942 de la Convención Nacional del ABC, que tuvo una amplia participación, por un momento pareció que este partido aumentaba

su membresía y se consolidaba en el panorama político del país. Pero todo fue un espejismo: en las elecciones generales de 1944 apostó por el candidato oficialista Carlos Saladrigas y resultó electo presidente Grau San Martín. Como único consuelo tuvo las actas de senadores de Santovenia, Martínez Sáenz y del escritor cienfueguero Pedro López Dorticós; en esta oportunidad Mañach no obtuvo el favor de los votantes. La debacle llegó al efectuarse en 1947 la reorganización de los partidos: el ABC solo pudo afiliar en todo el país a 890 electores y con esa cantidad insuficiente desapareció del mapa político. Entonces el senador Eduardo Chibás, por medio de una carta pública, invitó a los abecedarios a sumarse al Partido del Pueblo Cubano, que acababa de fundar, y algunos así lo hicieron, entre ellos Jorge Mañach. A partir de entonces el ABC comenzó a esfumarse en el pasado, y atrás quedó su consigna: ¡El ABC es la esperanza de Cuba!

- ¿Fue el ABC una organización fascista?

Uno de los descalificativos que cayó sobre el ABC a partir de su aparición procedió de la extrema izquierda y consistió en acusarlo de fascista. Desde entonces no han sido pocas las afirmaciones de historiadores marxistas y de dirigentes comunistas que se han hecho eco de esa grave acusación, aunque algunas veces matizándola con la variante más suave de fascistoide. Ya en septiembre de 1932, a través de su órgano *Denuncia*, el ABC había aclarado el punto por medio del artículo, de título elocuente, “Ni comunistas ni fascistas: cubanos.” Mas en los años siguientes, inmersos en posiciones dogmáticas y parapetados en el convencimiento de que eran los dueños de la verdad, la intelectualidad marxista continuó identificando a esta organización con el fascismo. No le perdonó nunca sus verticales posiciones anticomunistas, manifestadas a través de la acción y de los documentos. Para Lionel Soto “devino abiertamente un agrupamiento profundamente contrarrevolucionario y fascistoide” (t II, p. 125), para Maricela Mateo en el Manifiesto-Programa de 1932 “ya despuntaban algunas

influencias de la ideología fascista europea” (p. 390) y para el historiador José A. Tabares del Real “El ABC preconizaba el fascismo”. Sin embargo, ninguno de estos autores se encargó de demostrar a través de documentos los puntos de contacto, los elogios y los vínculos, abiertos o secretos, de esta organización con el fascismo italiano, con el nazismo o con el falangismo. Únicamente Lionel Soto halló cierta similitud entre la estructura legislativa propuesta por el ABC y el corporativismo establecido en Italia por Mussolini. A diferencia de otras agrupaciones y de otros sistemas políticos, el ABC nunca cayó en el caudillismo ni planteó la necesidad de un duce, un *führer* o un generalísimo y sus decisiones se tomaron de forma colegiada, no le confirió un poder absoluto al Estado, no menospreció las libertades individuales ni propuso la creación de sindicatos verticales ni demostró xenofobia o habló de razas superiores. En realidad la asociación que podría hacerse entre el ABC y el fascismo respondió a simples apariencias: las marchas multitudinarias por las calles habaneras con arcos triunfales como meta y el color verde como bandera e identificación, en una época en que la extrema derecha europea empleaba como distintivo las camisas pardas, negras o azules en Alemania, Italia y España, respectivamente. En cambio el calificativo de fascista sí lo merecía muy bien el caudillo Gerardo Machado, llamado El Egregio por sus aduladores, quien intentó perpetuarse en el poder, imponer siempre su voluntad y doblegar los poderes legislativos y judiciales, así como a la prensa. Fue Machado quien organizó entre los elementos marginales el grupo llamado la porra, dirigido a agredir y humillar a los opositores, como se hizo en Alemania contra los judíos. Y fue Machado quien en un discurso pronunciado en 1926 nada menos que en la Universidad de La Habana, al recibir inmerecidamente el título de Doctor Honoris Causa, elogió por su nombre a Mussolini, a Primo de Rivera y al mariscal Heidemburg, y llegó incluso a aplaudir el uso de poderes ilimitados por parte del jefe de Estado. ¿Acaso no fue a Machado a quien el líder comunista Julio Antonio Mella le endilgó

el sambenito de “Mussolini tropical”? ¿Y no fue este dictador italiano quien en 1929 condecoró a Machado con las órdenes de los Santos Mauricio y Lázaro?

Acerca del carácter supuestamente fascista del ABC varias preguntas más podrían hacerse. Si en realidad apoyaba al fascismo, ¿cómo los abecedarios no unieron fuerzas o se vincularon al menos con las agrupaciones falangistas y nazis que se fundaron en Cuba a partir de 1936? ¿Por qué razón no respaldaron a los sublevados falangistas durante la Guerra Civil Española y, en cambio, tras la implantación del régimen represivo de Francisco Franco los senadores abecedarios Santovenia y López Dorticós integraron, junto a Marinello y otros dirigentes comunis-



tas, el Comité Congressional Pro-República Española? Si el ABC representaba a la extrema derecha, ¿cómo se explica que en las elecciones presidenciales de 1944 hubiese coincidido con el Partido Socialista Popular (Comunista) en el respaldo al mismo candidato, el antiguo abecedario Carlos Saladrigas? Por último deseamos preguntar: si en verdad el ABC preconizaba el fascismo, ¿cómo es posible que en el año 1938, cuando aquella nefasta corriente ideológica se fortalecía en Europa y se hallaba muy cerca del triunfo en España el caudillo Franco, hiciera esta firme declaración en su Manifiesto-Programa:

“El ABC rechaza toda forma de gobierno que no se base en el consentimiento de la mayoría nacional, libremente manifestada en las urnas o que suprima o restrinja de algún modo las libertades ciudadanas. De suerte que considera inconvencional no solo el principio democrático de gobierno de mayoría, sino el principio liberal de respeto y convivencia con las minorías, lo que excluye toda forma de gobierno totalitario.” (p. 83)

Si los comunistas no fueron capaces de comprender en su momento al revolucionario Antonio Guiteras y lo combatieron con saña, nada de extraño tiene que abominaran del reformismo del ABC.

- Conclusiones

El ABC transitó de organización terrorista a asociación cívica y, por último, a partido político. En ese proceso dejó a un lado la lucha armada, asumió posiciones pacifistas y civilistas y entró en el ruedo de las pugnas partidistas. Sin embargo, se mantuvo fiel a su proyecto inicial de llevar a cabo una transformación económica y social de Cuba, de reconquistar la tierra y alcanzar libertad política y justicia social. Muy atendibles resultan los análisis que hizo en su momento de la circunstancia cubana, al margen de que podamos compartir o no sus conclusiones. No creemos que pueda negarse que en el



ABC prevaleció una voluntad de servicio, ajena a todo lucro y aprovechamiento material. Solo por breves momentos formó parte de los poderes establecidos y no fueron pocas las fuerzas que se le opusieron, unas veces en la arena política y otras veces por medio de las armas.

El ABC despertó las esperanzas de un número considerable de intelectuales y artistas, quienes militaron en sus filas de un modo sobresaliente o, en algunos casos, de un modo más discreto y hoy apenas conocido. Ya mencionamos en su cúpula dirigente a intelectuales y escritores de sólido reconocimiento con Mañach, Martínez Sáenz, Santovenia, Ichaso y López Dorticós. A esta relación debemos sumar al dramaturgo y profesor universitario Luis A Baralt, al escritor José Cabrera Díaz, quien dirigió la revista literaria *Cúspide*, al ensayista e historiador de origen catalán José Conangla Fontanilles, a Ricardo Sarabasa, redactor-fundador de la importante revista *Cuba Contemporánea*, al pintor Domingo Ravenet, al ensayista Félix Lizaso, al novelista Justo González Carrasco... El Himno Abecedario contó con letra de López Dorticós y Baralt y música del conocido compositor Amadeo Roldán, mientras la Marcha Abecedaria contó con texto del poeta Gustavo Sánchez Galarraga y música del maestro Ernesto Lecuona. Resulta casi desconocido que el novelista Alejo Carpentier fue el jefe de propaganda del ABC en París durante la tiranía machadista y que él fue el autor anónimo de varios artículos de denuncia publicados entonces en la prensa francesa. Llama la atención entonces que pertenecieron al ABC cuatro de los siete editores de la imprescindible *Revista de Avance*: Mañach, Ichaso, Lizaso y Carpentier. Otras personalidades que integraron esta organización fueron los generales José Martí Zayas-Bazán, hijo del Apóstol, y Manuel Piedra Martell, así como el escritor Pastor González García, quien más tarde se ordenó de sacerdote católico.

Al ABC se le ha reprochado, no sin razón, la numerosa cantidad de promesas que ofreció a través de sus manifiestos. Mas en este punto debe reconocerse que no se diferenció mucho de otros proyectos políticos, en apariencia animados por muy buenas intenciones, que prometieron edificar una sociedad más próspera y justa, le exigieron al pueblo grandes sacrificios y al final desembocaron en la frustración. EL ABC al menos podría argumentar que nunca tuvo en sus manos las riendas del país. Quizás sea válido afirmar hoy que fue solo un sueño, una ilusión abonada también con mucha sangre, ilusión que se convirtió en agua de borrajas. Mas consideramos que bien pueden servir de ejemplo su sentimiento nacionalista, su intención de levantar una Cuba nueva, su deseo de buscar soluciones cubanas a la problemática nacional a través de la paz y de métodos civilizados.

Bibliografía citada:
 -Doctrina del ABC. Convención Nacional 1932-1942. La Habana, Editorial Cenit, 1942.
 -Mateo, Maricela "El ABC como opción reformista burguesa en la política neocolonial cubana". En *Anuario de Estudios Cubanos* 1-2.
 -Soto, Lionel *La Revolución del 33*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1977. 3 tomos.
 -Tabares del Real, José A. *Guiteras*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1973.